



SOCRATES: LAS ESCRITURAS SON PALABRA MUERTA

Esteban Inciarte

ACLARACION PREVIA

Aunque tal vez no lo evidencie su título, creo que el contenido de este ensayo guarda estrecha relación con el tema monográfico del presente número de la Revista, que es la alfabetización. Sólo que, en vez de reiterar las mil y una bondades atribuidas a la lectoescritura, más bien se trata aquí de cuestionarlas. Cuestionarlas por lo pronto en nombre de Sócrates, pero también en nombre de quienes, desde la perspectiva de la educación de adultos, nos preguntamos: *Alfabetización ¿para qué?*

He aquí una pregunta -¿para qué?- que es al mismo tiempo la más insoslayable y la más peligrosa que nos planteamos los seres humanos, pues equivale a

interrogarnos sobre el sentido y valor de lo que hacemos. Por eso tendemos a eludirla o, al menos, a no detenernos pausadamente en ella, no sea que quede al descubierto la real incertidumbre subyacente en no pocas convicciones que damos por incuestionables. Pudiera ocurrir así con la presuposición de que el analfabetismo es un mal absoluto y el alfabetismo un bien *per se* doble presunción al parecer innecesitada de justificación.

Cada quien es libre de profesar al respecto ideas radicales o más bien tocadas de cierto relativismo; en todo caso no me parece ocioso, y menos impertinente, examinar algunas insuficiencias de la cultura letrada y la educación libresca tal como las puso de relieve el gran maestro ateniense. Al revés, puede depararnos a todos una pausa de sana reflexión crítica.

(Las siguientes páginas reproducen un capítulo correspondiente al libro *Sócrates y la educación adulta*, recién publicado en la serie Erájpani del CREFAL.)

I. SOCRATES, AGRAFO IMPENITENTE

Los términos con que Sócrates caracteriza de preferencia su estilo pedagógico son éstos: “conversar”, “debatir”, “examinar juntos”, “preguntar y responder”. Expresiones verbales que denuncian, todas ellas, un modo directo, activo e interpersonal de relacionarse con sus educandos.

Por lo pronto se lleva siempre a cabo mediante una comunicación exclusivamente oral, hablada. Dicho negativamente: además de no escribir nada como pensador, nunca recurrió a textos ajenos, en calidad de auxiliares didácticos, en el desempeño de su práctica educativa. Por ambas razones Sócrates encarna un caso singular en la historia de los intelectuales y de los maestros helénicos.

Respecto al primer punto, recordemos que antes de él, en su tiempo y más tarde todos los filósofos griegos dedicaron buena parte de sus esfuerzos a poner por escrito sus investigaciones. Otra cosa es que mucha de esa producción literaria se haya, lamentablemente, perdido por diferentes razones y en circunstancias históricas diversas. De ahí que, sobre todo en el caso de los llamados presocráticos, conozcamos su pensamiento de manera muy fragmentaria y la más de las veces por referencias indirectas, de segunda mano (gracias, por ejemplo, a las reseñas histórico-conceptuales elaboradas por Aristóteles).

Sócrates constituye, pues, un caso excepcional, si acaso no único, en su condición de filósofo absolutamente ágrafo. Bajo esta óptica se asemeja más bien

a los fundadores o iniciadores de grandes movimientos religiosos (ninguno de ellos heleno); baste recordar a Zoroastro en Persia, Buda en la India, Confucio en China, Jesús en Palestina y Mahoma en Arabia. Todos se limitaron a “hablar”, si se quiere a “predicar”, y habrían de ser los discípulos quienes recogieran por escrito sus enseñanzas, sus *logoi*, literalmente sus “dichos”.

Los evangelistas de Sócrates fueron escuchas directos y en vivo; dos discípulos que, pese a notables diferencias de fondo y de forma, hemos de considerar fieles a los decires del maestro según los recordara y penetrara cada quien. Si en este libro apenas estamos recurriendo a Jenofonte, ello no se debe a que desestimemos el valor testimonial de sus tres obras socráticas: *Apología*, *Memoables* y *Banquete*. Sólo que Platón, por haber mantenido con Sócrates relaciones de convivencia más larga e íntima y también por su mayor capacidad filosófica, ha calado más hondo en la significación intelectual, humana y pedagógica del maestro. Por eso le estamos siguiendo, paso a paso y ojo avizor.

En el capítulo inicial hemos comentado ya la sorprendente simbiosis entre ambos; sorprendente porque alcanza niveles extremos de afinidad y, al mismo tiempo, se da en antitéticas condiciones de personalidad biográfica, filosófica y profesional. Concretamente subrayábamos el contraste que aquí nos atañe: mientras que el maestro prefirió no escribir nada, su discípulo más afín casi no hizo en toda su vida sino escribir. Entiéndase bien lo estupefaciente del caso: el discípulo se dedicó a escriturar las enseñanzas meramente dichas del maestro, pero además quiso poner en boca de éste el inmenso caudal de sus propias doctrinas. Insólito fenómeno de transferencia que nos ha heredado, para siempre, un socratismo platonizado, pero también y sobre todo un platonismo socratizado. De aquí la convicción, última y casi unánime, de que el de Platón es el más socrático de los Sócrates.

Pero centrémonos en la voluntad impenitentemente ágrafa del maestro ateniense.

II. A PROPOSITO DE GRANDES AGRAFOS: UNA HIPOTESIS QUE SE CALLA ...

Aparte otras coincidencias y similitudes, el no haber escrito nada empareja a Sócrates más con los grandes creadores religiosos que con los pensadores helénicos. La ventaja estriba en que él, además de proceder así porque sí, por su real gana y decisión, tuvo a bien manifestarnos algunas razones personales para

no empuñar la pluma ni -como luego veremos- utilizar textos didácticos ajenos en su laboreo educativo.

Sin embargo, antes de examinar dicha declaración de motivos tal vez nos sea útil una breve digresión acerca de otras razones y circunstancias -no confesas- que pudieran haber determinado su actitud. Varios expertos han sugerido que pudo contribuir el hecho de que él mismo no parece haber recibido una instrucción mayormente libresca y académica; en lo que de verdad contó para su formación personal y profesional, hemos de tenerle más bien como autodidacta.

Por mi cuenta y riesgo aventuro una hipótesis complementaria nada gloriosa, y acaso por ello no recuerdo haberla visto insinuada respecto a Sócrates, como tampoco en relación a otros ágrafos eminentes: los susodichos Zoroastro, Buda, Confucio, Jesús y Mahoma. Luego de haberla tenido en la punta de la lengua y de la pluma desde hace muchos años -y no precisamente a cuenta de Sócrates sino de quien en los ámbitos occidentales resulta innecesario nombrar-, externaré esa hipótesis acaso suspicaz pero de ningún modo irreverente y, lo que me parece más importante, nada inverosímil. He aquí mi sospecha: probablemente ninguno de ellos *era* escritor....

Porque se es o no se es escritor, igual que se es o no muchas otras cosas, sin que ello signifique ser o no ser muy sabio. Para escribir bien y no sólo para redactar, para ser propia y estrictamente escritor -y no mero escribidor- se necesitan varias condiciones específicas; entre otras, tener inclinación, talento y oficio, por no mencionar vaporosidades tales como vocación e inspiración.

Curiosa o casualmente he observado, en mi cotidiano entorno profesional, que bastantes personas dotadas con una envidiable facilidad de palabra resienten la dificultad -al margen de posibles indiferencias y desganas- de expresarse igual de bien por escrito. Facilidad de palabra, aunada a veces a una deslumbrante elocuencia, como sin duda en el caso de los grandes ágrafos mencionados. En lugar de intimidarles o refrenarles, el compromiso y la ocasión de improvisar parece prestarles alas y liberar sus energías creadoras. En cambio a la hora de empuñar la pluma -si acaso se lo proponen-, esas y otras facilidades se les convierten en obstáculos y resistencias, tal vez insuperables.

Quede la cosa en lo dicho: en hipótesis no del todo certificada ni generalizable pero bastante verosímil como para que no se valga silenciarla, pasarla por alto por la única razón de que desvanece aureolas místicas e insondables infalibilidades. Para nada se niegan, pues ni siquiera se ponen en entredicho, la sabiduría y la misión quizá sublime -incluso sobrehumana para quien así lo crea- de los personajes aludidos, agraciados sin duda prodigiosamente pero *sólo* con el don del verbo. Lo que pretendo subrayar es el hecho mismo de que no escribie-

ron, tuviesen o no talento para ello, intentasen o no hacerlo, y que no existe motivo alguno para admirarles justa y precisamente por lo que *no hicieron*. Lo expresaré de otro modo: no tenemos por qué presuponer que renunciaron a ser grandes escritores por quién sabe qué razones inefables de tan sublimes. Carece de fundamento la hipótesis opuesta, a saber: que tan eximios predicadores hubiesen sido escritores igual de excelentes de habérselo propuesto...

En el caso particular de Sócrates contamos con un indicio que confirma nuestra interpretación. Casi al comienzo del *Fedón* se cuenta que el enclaustramiento carcelario y ciertas querencias oníricas le han impulsado a componer algunos poemas; concretamente, le ha dado por versificar varias fábulas de Esopo y elaborar un himno en honor de Apolo, una de sus deidades predilectas. El buen amigo Cebes, sorprendido, le pregunta: “¿Cómo es que te has puesto a componer versos desde que estás preso, si nunca lo has hecho en tu vida?” Sócrates le responde que, ante todo, no pretende emular a los auténticos poetas, entre otros motivos porque “yo ya sabía que me sería muy difícil”. Más bien está intentando “obedecer” a ciertos sueños que parecen reprocharle el no haber nunca cultivado “las bellas artes” so pretexto de plena, extenuante entrega a la “filosofía”. (¿No podemos leer, entre líneas, su propio gusanillo de íntima insatisfacción?) Ha cedido, pues, a la tentación póstuma de poetizar. Sólo que muy pronto su insobornable conciencia autocrítica le ha disuadido de tomar más en serio su extraño prurito literario, por vano más que por tardío. En efecto, muy lejos de reducirse a un manejo habilidoso de las leyes de la métrica, ha comprobado en carne propia que la creación poética exige una sensibilidad y una imaginación de las que él carece. “*No reconociendo en mí este talento*” -se franquea Sócrates-, todo ha quedado en un devaneo sin mayor importancia.

En suma, reconoce que la palabra poética y, por extensión, la palabra escrita no eran su “talento”. Su don era otro: el arte (así lo califica él mismo) de conversar, disputar, persuadir y exhortar, eso sí, con una prestancia, donosura y sabiduría soberanas, acaso insuperables.

Pero moderemos los ímpetus admirativos y recalquemos la constancia fundamental: fuera de ese fugaz, tardío y frustrado intento, Sócrates jamás escribió; y algo que aquí nos interesa más: nunca utilizó texto escrito alguno en su práctica educativa.

También en este segundo aspecto su comportamiento resulta atípico, si no insólito, en el ámbito cultural de Grecia, pues sabemos que los maestros helenos -públicos y privados- acostumbraban echar mano de textos -ajenos o propios- como fuentes de estudio, materiales de consulta y temas de discusión.

Sobre proceder así *de facto*, hemos dicho ya que formuló razones en favor de su conducta. Digo mal; más que defender sus preferencias como pensador y educador ágrafo, puso de relieve ciertas desventajas inherentes a las escrituras.

III. LAS ESCRITURAS NO HABLAN

Estas consideraciones antilibrescas las encontramos en el diálogo *Fedro*.

El pretexto polémico surge de un discurso redactado por un tal Lysias y que Fedro lee a Sócrates por estimar que su autor es “el más hábil de nuestros escritores” y porque versa nada menos que sobre el amor. Sócrates alaba la disertación como “maravillosa”, pese a no estar de acuerdo con parte de su contenido; pero no va a responder con otro discurso, pues “sería muy ridículo oponer a una obra maestra de tan insigne orador la improvisación de un ignorante como yo”. Tras un juego muy socrático de elogios tan irónicos como sus propias declaraciones de modestia, la conversación recae en este cuestionamiento: si “el escribir mucho” no convierte a los autores en “fabricantes de discursos”. Porque en Atenas todo el mundo -estadistas, oradores y filósofos- parece poseído de la grafo-manía, un afán casi epidémico de “componer discursos y dejar escritos”, sea para impresionar a los escuchas y lectores contemporáneos, sea para promover la admiración de la posteridad.

Sócrates comienza por aclarar que, en principio, “lo vergonzoso no es ni el hablar ni el escribir, sino el hablar y escribir mal”. Pero, puesto que la ocasión es propicia, comentará cuáles le parecen las ventajas y desventajas del oficio o arte de escribir; mejor, los pros y contras de los libros. Y cuenta una leyenda egipcia: Hubo un sabio de nombre Teut a quien se le atribuyó la invención de la aritmética, la geometría, el juego de ajedrez y, sobre todo, la escritura. El rey Tamus le llamó a palacio para que le explicara los beneficios de cada una de tales invenciones. Respecto a la última de ellas, Teut la encomia así: “La escritura hará a los egipcios más sabios y servirá a su memoria, como un remedio contra la dificultad de aprender y retener lo aprendido”. El monarca Tamus le replica: Más bien contribuirá al olvido, “pues se encomendará a caracteres materiales (gráficos) el cuidado de conservar los recuerdos”; en todo caso, lo escrito proporciona “la sombra de la ciencia y no la ciencia misma, pues cuando (los estudiantes) vean que pueden aprender muchas cosas sin maestro, se tendrán por sabios y sólo serán ignorantes”.

Sócrates asume la moraleja de la leyenda y lo parafrasea a este tenor: “Quien piensa transmitir un arte consignándolo en un escrito y quien, a su vez, cree poder recibirlo de éste como si esos caracteres pudiesen dar alguna instrucción clara y sólida, me parecen unos necios”...Las escrituras se asemejan a los cuadros de pintura: “Las producciones de este arte parecen vivas, pero interrógalas, mi querido Fedro, y verás que guardan absoluto silencio. Otro tanto sucede con los escritos: al leerlos parece que piensan, pero pídeles alguna explicación sobre el objeto (tema) que contienen, y te contestarán siempre la misma cosa”. Queda sobrentendido que contestar siempre y a todos la misma cosa, o

sea repetir una contestación idéntica e invariable, equivale a no responder. Prosigue Sócrates: “Lo una vez escrito rueda de mano en mano, pasando de los que entienden la materia a otros para quienes no ha sido escrita la obra, sin que sepamos, por consiguiente, ni con quién habla ni ante quién se calla”.

En resumen, los libros son más mudos aún que sus silenciosos lectores. Por contra, ¡cuán “vivo y animado” el discurso que nace y se va construyendo al comunicarse el maestro en forma directa con quien escucha, interpela, contesta y pregunta, asiente y disiente alternativamente! De suerte que en comparación al discurso hablado, el escrito “no es más que un vano simulacro”. Este se reduce a mera transcripción de caracteres externos que no se adentran de verdad en quien los lee; sólo aquél “se graba en el alma del que estudia”...

Sócrates acarrea más agua a su molino aduciendo otra ejemplificación: el maestro oral se parece al jardinero inteligente que sabe en qué tiempo y en qué tierra sembrar las semillas más estimadas: la indagación acerca de lo bello, lo justo y lo bueno. No las siembra al azar “con el auxilio de una pluma y con palabras impotentes para defenderse por sí mismas e incapaces de enseñar suficientemente la verdad”; labor de jardinería ésta que a lo sumo produce plantas decorativas, de adorno, infértiles. El educador sabio pone mucho cuidado en buscar y elegir una por una,

almas bien preparadas, para sembrar y plantar en ellas saberes que no sean estériles, sino que germinen y produzcan en otros corazones nuevos discursos que, inmortalizando la semilla de la verdadera ciencia, darán a todos los que la posean las mayores felicidades de la vida.

Con esta vehemente declaración, tocada de cierta grandilocuencia retórica, cierra el maestro ateniense su improvisación, que en su parte mayor y más insistente constituye un alegato casi virulento contra las escrituras.

¿Cómo leer nosotros las palabras “vivas y animadas” que supuestamente profirió Sócrates y que Platón transcribe en caracteres impresos -valga el anacronismo-, en palabras inertes y mudas? También este texto del discípulo, al fin una escritura, acusa todas las desventajas suscritas por el maestro: no puede responder a nuestras posibles adhesiones y reparos, a nuestros acuerdos y desacuerdos de lectores atentos e intrigados ...

Pero antes de emitir juicios de valor, conviene traducir en otros términos las convicciones socráticas con el ánimo de entenderlas mejor antes de aplaudirlas o rebatirlas.

Ante todo, en el hablar como en el escribir lo importante es hacerlo bien: expresar con orden, precisión y claridad lo que pensamos y nos interesa comunicar: lo que nos proponemos compartir con el escucha o con el lector. No obs-

tante, existen diferencias objetivas entre las dos maneras y estilos de interacción comunicativa, y Sócrates intenta poner de relieve las que en su opinión favorecen la interlocución oral. Sólo que, a impulsos de querencias tal vez inconscientes, su pretendida apología de la comunicación hablada se vierte, de hecho, en alegato contra la comunicación escrita.

La voz de las escrituras, textualmente el “decir escrito” (*lógous gegramménous*), no se dirige a un destinatario con nombre propio, a un receptor de quien conste siquiera el interés por el tema; los libros caen en manos de cualquiera. Mas supongamos un lector atento e interesado; lejos de aliviarse, las limitaciones inherentes al decir escrito resultan aún más dramáticas, en tanto dicho receptor (Sócrates lo llama “estudiante”) acusa los efectos de la lectura en forma de dudas, objeciones, deseo de mayores esclarecimientos, etc. En una palabra, quisiera interrogar al libro. Ahora bien, ¿cómo plantear preguntas a un texto fijado que si no puede siquiera escucharlas, menos podrá responderlas? Ningún libro puede hacer sino lo que hace: expresar lo mismo siempre, a todos y con las mismísimas palabras, lo cual implica no contestar a nadie en particular sobre nada. Y si no escuchan ni responden, los libros son sordomudos.

En términos equivalentes, las escrituras son, en el sentido más estricto y literal, letra muerta. Los decires escritos no hablan y, por ende, aunque suene paradójico en realidad no “dicen”. Con una agravante adicional: quien estudia textos inertes puede creerse sabio siendo así que, primero, tal vez ni los entienda y, segundo, aun aprendiéndolos no los hace suyos mediante una asimilación fértil, merced a una incorporación tal que los saberes leídos engendren nuevos saberes. Es lo que replicaba el rey Tamus al inventor Teut según se percibe mejor en esta traducción de Ortega y Gasset, algo amañada pero fiel al espíritu de la letra:

Confiando los hombres en lo escrito, creerán hacerse cargo de las ideas, siendo así que las toman por de fuera, gracias a señales externas, y no desde dentro, por sí mismas...Atestados de presuntos conocimientos, que no han adquirido de verdad, se creerán aptos para juzgar de todo cuando, en rigor, no saben nada y, además, serán inaguantables porque, en vez de ser sabios, como se suponen, serán sólo cargamentos de frases.

Ya por su sola cuenta, añade Ortega: “Cuando se lee mucho y se piensa poco, el libro es un instrumento terriblemente eficaz para la falsificación de la vida humana”.¹

En lenguaje más socrático, las enseñanzas escritas son como semillas que no florecen ni fructifican en auténtico saber porque se siembran en la memoria y no en el alma.

1. “Misión del bibliotecario”. En: *Obras completas*, t. V, p. 234.

IV. CULTURA OCCIDENTAL Y BIBLIOLATRIA

¿Cómo enjuiciar el discurso antiescriturario de Sócrates?

Cabe, primeramente, desautorizarlo en nombre de una civilización como la nuestra donde resulta inconcebible una cultura sin libros, sin librerías, sin imprentas y sin bibliotecas; donde ni se imagina una educación válida sin ese umbral mínimo que es la lectoescritura y sin ese recurso didáctico imprescindible que llamamos libros de texto...

No necesitamos aducir testimonios eruditos. Basta con recolectar unas cuantas expresiones de uso común y coloquial para hacernos cargo de la ingente trascendencia que se otorga a los libros en Occidente, a tal grado que podría hablarse de un “fetichismo” de la cultura impresa -al modo que Marx enfatizaba el “fetichismo del dinero”.

Suele identificarse a una persona culta como y por “letrada”, a los intelectuales como “hombres de letras”; se presupone que nadie llega a sabio sin “haber leído mucho”; de quien diserta bien decimos que “habla como un libro” y a quien parece saberlo todo lo describimos como “una enciclopedia andante”. La invención de la imprenta se enaltece como una de las máximas hazañas de la Humanidad civilizada (que es singularmente la nuestra); las grandes bibliotecas se veneran como templos que atesoran el saber; los niveles culturales de un país se miden, en buena parte, por el número de obras que se editan y supuestamente se leen. Nuestros más eminentes científicos han llamado al universo “el libro de la Naturaleza”; para conocer las verdades divinas los creyentes consultan la Biblia, libro de los libros, Escritura por excelencia y con mayúscula; hasta definimos la existencia como “el libro de la vida”. En suma, no por casualidad tanto saber como aprender riman con leer y cultura rima con lectura y escritura...

Por monótona e innecesaria dejo la tarea de enlistar, una por una, las designaciones paralelamente contrapuestas: persona inculta igual a “iletrada” o “sin letras”, etc. Pero sí considero ilustrativo agregar otros hecho y maneras de hablar: en nuestro ámbito civilizatorio se tiene por mínimo educacional la “lectoescritura”, y sobre el analfabetismo recaen denigraciones tales como “lacra”, “rémora” y “vergüenza” de la Humanidad contemporánea; de ahí que los máximos organismos internacionales, con anuencia de los gobiernos nacionales, se apresten a librar una decisiva “batalla”, “campana” o “cruzada” (términos curiosamente propios del vocabulario militar) que logre “erradicar” el analfabetismo en el mundo entero para el mítico y ya inminente año 2000.

Bien. Pese al tonillo irónico que rezuman los decires tendenciosamente recolectados y malévolamente entrecomillados, en mi condición de persona beneficiada por la cultura impresa, de trabajador involucrado en educación de

adultos y, a la postre, también como escritor o (sólo) escribidor profesional debiera, si acaso, alzar la voz y tomar partido en pro de los libros. No obstante, es-timo saludable (terapéutico en sentido griego) que un personaje tan célebre, un intelectual tan perspicaz y un pedagogo tan de primera magnitud como Sócrates nos prevenga contra los riesgos de fomentar la grafomanía, promover la bilio-latría y, de paso, propugnar la alfabetización a ultranza. Espero que en esto me apoyen al menos quienes cuestionan la desmedida prioridad que se otorga a la instrucción libresca, quienes reivindican la significación cultural y educativa de la comunicación oral y también quienes, nada seguros de que la lectoescritura ga-rantice un proceso educativo satisfactorio y sea el camino recto hacia el bienestar humano, osan preguntarse y preguntar: “Alfabetización ¿para qué?”

Pero fuera esnobismo estúpido a más de hipócrita desdeñar la cultura li-bresca quienes tanto nos hemos beneficiado de ella. Así que, pasaré a defender las escrituras. ¡Nada más fácil! Basta con hacer lo que Sócrates no hizo pese a habérselo prometido a Fedro, a saber: luego de señalar sus desventajas, recono-cer sus ventajas. Todo se reduce, entonces, a decir lo que él seguramente no igno-raba pero, sepa Dios por qué resistencias subconscientes, acabó silenciando.

Y lo que calla puede sintetizarse en una sola y fuerte contrapartida: hay li-bros que, además de bien escritos, pueden tocar las entrañas pensativas y vitales del lector. Expresémoslo utilizando el lenguaje del propio Sócrates: hay escritos llenos de viveza y animación, que sacuden conciencias dormidas, que a la par sumen en dudas e iluminan, que dejan huellas profundas e indelebles en el alma, que fecundan la mente y el corazón humanos. Esto es, hay decires escritos que preguntan y contestan, que hablan y dicen. En una sola palabra: hay escrituras que nada tienen de letra muerta.

Tales textos elocuentes y vitales ¿son muchos o son pocos? Difícil determi-narlo, porque los números son relativos, muy diversas las experiencias, muy sub-jetivas las preferencias y gustos. Quede, pues, en manos y a juicio de cada quien señalar cuántas y cuáles lecturas le han confrontado consigo mismo; cuántas y cuáles le han sido -o le son- palabra viva, simiente de enriquecimiento espiritual, levadura y pan de auténtica educación. Quizá, probablemente no sean numerosos los autores y títulos decisivos, pero tampoco abundan profesores que contribuyan de verdad a nuestra formación y trans-formación...

Aludamos al recelo socrático de que los libros son sordomudos; no se diri-gen -ni hablan- a cada uno en particular puesto que dicen siempre lo mismo a todos, o sea a cualquiera. Cabe revertir el planteamiento así: si las escrituras tocan de verdad y a fondo las cuestiones del hombre, son tan universales como individuales, para quienquiera pero también para cada quien. ¡Ah!, el problema afecta por igual a lo escrito y a lo hablado; lo importante y difícil estriba en decir lo que hay que decir, tal cual advierte Sócrates a Fedro: *ta déonta eirekótos*; ex-

presar, oralmente o por escrito, lo que atañe a la condición humana, lo que se necesita saber. Y lo que necesitamos saber, todos y cada uno, son ni más ni menos que las verdades vivientes (*zónta*); en estricta significación etimológica, las verdades “zoológicas” o biológicas, las únicas auténticamente “vivas y animadas”.

V. ¿TIENE O NO SOCRATES LA RAZON?

Habiendo, muy sucintamente, replicado al maestro ateniense, conviene darse cuenta de que en realidad no le hemos refutado. Y no le hemos refutado porque sus reparos ante las escrituras son todo menos falsos o ficticios. Los libros transcriben, en efecto, voces mudas, palabras impersonales, letras inertes, etc. ¡Nada que objetar!

Entonces, ¿en qué quedamos? En lo antedicho: Sócrates se limitó a expresar la mitad, más o menos, de lo que podía y aun debía haber dicho. Algo más grave: incumple flagrantemente una promesa formal. Recordémosla en sus propias palabras: “Vamos a examinar, mi buen Fedro, cuáles son las *conveniencias e inconveniencias* que puede haber en lo escrito”. Pues bien, todo el tiempo y todas las fuerzas examinadoras se le fueron en puntualizar las “inconveniencias”.

Por eso nos parecía tan fácil replicarle, señalando lo que él de seguro no ignoraba pero prefirió silenciar. Sino que replicar no significa refutar. Las inconveniencias denunciadas por Sócrates me parecen irrefutables; pero sí podemos pedirle cuentas por haber olvidado o desatendido (y no por prisa, ¡él tan incansable conversador!) aquellas posibles “conveniencias”, ventajas o beneficios del decir por escrito. ¿Por qué se le quedaron en el tintero? Ya sabemos que como pensador y como pedagogo más bien desestimaba el valor de los libros, pero no al punto de condenarlos. La explicación de su silencio está, así me lo parece, en su empeño y aun prisa por contraponer las desventajas de lo escrito a las ventajas de lo hablado, en vez de ponerse a analizar, comparativamente y en paralelo, los pros y contras, los alcances y los límites inherentes a cada una de esas dos maneras de expresarse y de comunicarse, digamos de enseñar y de aprender o, mejor, de educar y de educarse.

Por otra parte, tampoco en este punto polémico hay inconveniente en calificar las aseveraciones de Sócrates como verdades a medias, puntos de vista o, no sin fundamento, como *exageraciones*. Pero entonces yo traería a colación una advertencia paradójica de Ortega y Gasset: “Una exageración es siempre la exageración de algo que no lo es”; por ejemplo, una generalización en sustancia significativa bien fundada aunque estadísticamente inexacta.

Así, de las excepciones, incluso si abundantes, solemos decir que lejos de invalidar confirman la regla. A este mismo tenor bien pudo Sócrates haber deseado indicar lo siguiente: considero las escrituras como mudas y sordas porque lo son en su mayoría.

Pero dejémonos de generalizaciones, casi siempre exageradas, y miremos los libros en cuanto recursos educacionales, porque es así como los está enjuiciando Sócrates. Pregunto: ¿no es en el ámbito de la educación adulta donde más recelos inspiran los llamados “libros de texto”? Y con razón, porque sus contenidos apenas suelen corresponder a las necesidades, curiosidades e intereses de los educandos, porque su estilo expositivo nada tiene de cuestionador, porque sobreabundan en soluciones a asuntos que antes no se han planteado como problemas, etc. Siendo como suelen ser, ni estimulan la reflexión personal, ni fomentan el análisis crítico, ni generan nuevos conocimientos. Los textos alimentan, si acaso, la “educación bancaria” (Freire). En complicidad con los maestros, todo hay que decirlo. Ahora bien, no otra cosa reprochaba Sócrates a las escrituras didácticas: depósitos de saberes ajenos e inertes, que se acumulan -con suerte- en la memoria y no dejan huella en el alma. Carentes de animación e intriga, pueden hablarnos mucho sin decirnos nada; nada que de verdad nos importe. A tales libros de texto sobradamente instruccionales y poco educativos, instrumentos útiles y quizá indispensables pero que nunca rebasan su condición de *recursos auxiliares*, se les encomienda lo más de la tarea educacional en el proceso de enseñanza-aprendizaje. Desde la escuela primaria a la universidad, pasando por todos los grados, niveles y modalidades. ¡A Sócrates esto le parecería no ya exagerado sino aberrante!

Pero nos preguntábamos si, a fin de cuentas, tenía o no razón.

Y a este propósito conviene observar que, por modestia real o metódica, en ningún momento personaliza la cuestión; esto es, evita confesar que está defendiendo sus particularísimas preferencias de hombre intelectual y de educador. Las conocemos de sobra: no quiso poner por escrito sus indagaciones, ni recurrir educativamente a textos didácticos.

Hagamos, otra vez, lo que él no hizo: aplicar a su personal conducta sus ideas acerca de los decires hablados y escritos, atribuyéndole unas explicaciones no verídicas pero sí verosímiles: Valgan lo que valgan las palabras escritas, no convienen a mi estilo de pensar y de comunicarme. Ni creo que me falten buenos motivos para proceder a mi manera. Nos educamos en última y aun primera instancia no para conocer más sino para vivir mejor, y lo que requerimos saber con tal propósito son las realidades del vivir humano, las únicas que de verdad nos importan. Pues bien, las auténticas necesidades e intereses emergen y se manifiestan de modo muy personalizado, según y conforme a la situación concreta en que cada quien de nosotros estamos inmersos; no en los recintos escolares ni ante un libro de lectura o consulta, sino al aire libre de las calles donde se despliega el

vivir cotidiano. Esta situación concreta, este contexto existencial es lo que nunca pueden tomar en cuenta los textos escritos, por definición impersonales, con frecuencias abstractos. Por contra, se detectan casi de inmediato en el contacto interpersonal, en la plática y el coloquio, en esa comunicación cara a cara que yo gusto de llamar “conversación”. Como maestro sólo tengo una ventaja sobre el estudiante, mi “arte de preguntar y responder”. Arte que sólo cabe aplicar en el diálogo, donde se escucha y se contesta alternativamente, donde se sabe cuándo hablar y cuándo callar; donde, sobre todo, pueden plantearse y examinarse las cuestiones que interesan al educador no menos que al educando.

VI. SOCRATES VERSUS PLATON

Algo así pudo pensar y sentir Sócrates por su propia cuenta silenciosa. Pero ¿qué estaría pensando y sintiendo Platón al transmitirnos -por escrito- lo que su maestro dijo -de palabra- sobre las graves limitaciones de la escritura? Algo así como esto que arriesgo a poner, ahora, en boca del discípulo: Tienes sobrada razón, mi querido maestro, en afirmar que sólo el habla es palabra viva. No obstante, yo demostraré la posibilidad de lo que te parece casi imposible: hablar escribiendo y escribir hablando. Afronto en tu honor y memoria el desafío, transcribiendo por lo pronto tus decires hablados en decires escritos. Pero iré más allá. Haré que tu voz ya muerta siga siendo viva; lograré que tus palabras inscritas por ti sigan sonando con la misma viveza con que resonaban en las calles de Atenas. Dialogaré por escrito tal como tú dialogabas conversando. Pero expresaré así no únicamente lo que en realidad te escuché pronunciar sino todo cuanto yo mismo vaya indagando como un eco y prolongación de tus enseñanzas. Así, todos cuantos me lean sentirán que te están escuchando a ti.

...Un desafío triunfal el de Platón. Adoptó el diálogo no sólo como género literario sino como estilo de pensamiento y como método -vía y arte- de comunicación educativa. Gracias al discípulo filosofar no será ya -como no lo fue para el maestro- ensimismamiento y soliloquio sino reciprocación y coloquio; y educar no consistirá ya en impartir saberes sino en compartir búsquedas y hallazgos.

Investigaciones recientes confirman la hipótesis de que no sólo al ponerse a redactar sus investigaciones recurrió al diálogo; también sus “clases” en la Academia se desarrollaban en forma de coloquio, de conversación grupal. Renunció, pues, del todo -y sin duda por contagio de su maestro- al método más socorrido en los centros educacionales de Atenas: la exposición, o sea el discurso monologado, la “lección magistral”.

La doble alternativa aparece aludida en el diálogo *El sofista*, donde Sócrates inquiriere de su interlocutor antes de entrar de lleno en la indagación metafísica de cuál sea y cómo se defina “el ser”: “¿Prefieres explicarte por ti mismo en largos discursos, o gustas más de proceder por preguntas y respuestas?”

Esta segunda modalidad fue, por supuesto, la opción única y persistente del propio Sócrates, pero también la del discípulo; y hemos de admitir que si Platón alcanzó pleno éxito fue porque había visto y oído conversar, en vivo, a su maestro.

Lo señalado porque también Aristóteles habría de recurrir en su primera juventud al diálogo como género dialéctico y didáctico, pero muy pronto tuvo que renunciar a ello porque estaba remedando a su maestro Platón y no reviviendo a Sócrates. Decidió, pues, Aristóteles regresar a la otra vía: exponer oralmente y por escrito (en su Liceo y en sus libros) sin duda el camino o método que mejor iba con su talante y su talento. Y fue así como legó al mundo lo que solemos denominar libros de texto; eso sí, manuales didácticos creativos, de los mejores que se hayan nunca producido, porque su autor era un pensador genial. Todo lo excelentes que los consideremos, no obstante sus obras resienten el inconveniente señalado por Sócrates: no son, no suenan “vivas y animadas”, cómo sí lo son y nos suenan los diálogos de Platón. Se asevera en *El sofista* que “explicar por uno mismo” tal o cual tema es sinónimo de “hablar solo”, lo cual no significa necesariamente una falla, pues hay soliloquios de gran fuerza comunicativa y maestros que monologan contagiosamente. Lo más equitativo sería reconocer la existencia de dos estilos de pensar y dos maneras de hablar, cuya eficacia y utilidad dependen de que se diga lo que hay que decir: cosas que atañen al vivir humano y por eso nos afectan e interesan a todos.

En cualquier caso, fue un desafío triunfal el de Platón. Claro que Sócrates tuvo la fortuna de caer en manos de un escritor prodigioso, a más de un filósofo genial. Consecuencia: contamos con una imagen socrática ahondada, muy probablemente engrandecida por su discípulo, pero tal es *su* Sócrates y *el nuestro*: un paradigma de hombre, de sabio y de educador. Para lo que aquí nos importa, gracias a la letra de Platón seguimos, en efecto, escuchando la voz de Sócrates. Los decires escritos del discípulo nos transportan, casi en vivo, a los decires inescritos del maestro, y éste prosigue así su propósito de fermentar nuestra reflexión y orientar nuestras búsquedas. Todo porque Platón realizó una hazaña que a Sócrates le parecía imposible; conservar en la escritura “el arte de preguntar y responder”.

Hizo, por lo tanto, muy bien el discípulo al transmitirnos fielmente, como si las compartiera, las convicciones antiescriturarias del maestro. Pero lo hizo todavía mejor al no seguirlas, como quien dice acatándolas pero incumpléndolas. Tal vez las razones de Sócrates le parecieron irrefutables, mas al cabo le desoyó, con todo y reverenciarle como “el más sabio y el más justo de todos los hombres” (*Fedón*).

Lejos, pues, de traicionarle es así como le fue más fiel. Por eso -aunque tan distinto y distante en tantos aspectos- le declaramos a Platón el más socrático de los pensadores y, desde luego, nuestro supremo maestro del socratismo.